

boleto, ni siquiera preguntar y, como en este caso, tergiversar la información que pudiera alterar el modelo previo. Se trata de una preeminencia peligrosa si pensamos en lo reciente de este texto. Para algunos, todavía hoy, el indio es la entelequia que sobre él se construyó.

Un punto clave del libro es el debate que unos hacen sobre otros. Unos, que son los dueños de la escala para medir el valor, de los anteojos que precisan los contornos. Otros, que son vistos, calificados, clasificados. Unos, que no necesitan definir su ser porque se parte de la aceptación de su valor, otros que deben adecuarse a una visión ajena. ¡Se parece tanto a la cuestión femenina! Dice Simone de Beauvoir que "la mujer se determina y diferencia en relación al hombre, y no éste con relación a ella, ésta es lo inesencial frente a lo esencial. El es el sujeto, él es lo Absoluto: ella es el Otro" (*El Segundo Sexo*). Lo otro, pues, es una categoría que implica la existencia de lo mismo. Lo otro es necesario para que destaque lo uno.

Cuando los ilustrados hablan de las dulzuras tropicales lo hacen en función de la que consideran

su dureza cotidiana: "vieron en el buen salvaje la contrafigura del europeo civilizado (...) envilecido". Lo otro y lo uno se necesitan mutuamente, en una interrelación que muestra las preocupaciones del que nombra. Por eso debaten los unos. En ese debatir construyen un mito que para poder cumplir su función se justifica como naturaleza. Lo natural no tiene, a grosso modo, cambio ni posibilidades sociales. Lo natural es eterno como la "eterna naturaleza femenina", construcción social que atañe al género.

Lo que hace Ortega y Medina en este texto es fundamental: pretende la "disolución y ruina de un viejísimo mito: la falsa dicotomía que desde finales del siglo XV ha pervivido hasta nuestros días (...) máscaras arbitradas para encubrir una realidad". Es importante porque el mito regatea humanidad al indígena, al de antes y al de hoy, como se lo regatea también a la mujer, en tanto dificulta la propia conciencia del ser. Según O'Gorman "la humanidad sólo la realiza en sí el hombre que posee conciencia de su historicidad". A los colectivos definidos estereotipadamente por una naturaleza fija se les

niega esa posibilidad, cuando lo natural, en el hombre, es en mucho la historia.

Afortunadamente este mito es teoría. Es, además, un modelo mentiroso. Los indios desbordan el marco, se mueven, viven e influyen socialmente. Obligan al interlocutor a verlo en su realidad, a ser reconocido: lo otro exige atención. Es importante deshacer el nudo, la construcción social que encasilla. En este libro Ortega y Medina rastrea a través de muy variadas fuentes la imposición y fabricación de un estereotipo. Busca en esas fuentes no tanto la realidad de los indios cuanto lo imaginado sobre ellos: la materia prima de esa imagen cárcel. A través del debate teórico que nos expone accedemos a los primeros esbozos, al levantamiento de las paredes, a la puesta de los barrotes. Observamos lo frágil de los cimientos. Ortega vigila el proceso para poder desarmarlo. Y lo logra. Al terminar de leer el libro es inevitable recordar el proverbio africano, también muy útil para quienes trabajamos sobre el pasado femenino: "Las historias de cacería dejarán de glorificar al cazador cuando los leones las escriban".

La cercanía de lo lejano: Morelos y Ucrania

Brigida von Mentz

Dittmar Dahlmann, *Land und Freiheit, Machnovscina und Zapatismo als Beispiele agrarrevolutionärer Bewegungen (Tierra y Libertad. La Machnovscina y el Zapatismo como ejemplos de movimientos agrarios revolucionarios)*,

Wiesbaden, RFA, Franz Steiner Verlag, 1986 (Studien zur modernen Geschichte, 35).

En este trabajo se comparan dos movimientos revolucionarios cam-

pesinos: el ucraniano de Nestor Muchno y el morelense de Emiliano Zapata. El autor parte de una necesidad manifestada por Theodor Shanin: investigar más a fondo y comparativamente movimientos y rebeliones campesinas. Este

trabajo se inscribe en la discusión teórica sobre el análisis de las similitudes o procesos paralelos de los movimientos agrarios que han estallado en distintos lugares, a pesar de que se den en condiciones sociales, políticas y económicas totalmente diferentes.

Dahlmann analiza las alianzas que surgen a lo largo de la rebelión y estudia la composición social de los movimientos. Sin embargo, ante todo se interesa por saber en qué medida se siguieron lineamientos y programas anarquistas; diversos especialistas han sostenido que el anarquismo surge en sociedades en las que la emancipación de la burguesía ocurre tardíamente y donde las estructuras feudales permanecen hasta bien entrado el siglo XX.

Estamos frente a un libro interesante especialmente en los aspectos políticos. En él se discuten las ideas de importantes estudiosos: James Scott, Hamza Alavi, Joel Migdal, Theodor Shanin y Jeffrey Paige sobre el campesinado y las rebeliones agrarias; Hobsbawm sobre rebeldes sociales y Lösche sobre el anarquismo, para sólo mencionar algunos. Aunque el estudio analiza las estructuras sociales de las dos regiones, y profundiza sobre todo en el caso del movimiento campesino acaudillado por Nestor Machno, la meta es comprender en qué medida tenían un programa político explícito, en qué medida eran anarquistas, qué elementos anarquistas contenían sus programas y sus objetivos. En este sentido, el libro es una aportación al conocimiento de la ideología política campesina y del anarquismo.

Las preguntas generales que preocupan al autor son las siguientes: ¿Cuáles capas son las que están más representadas en revueltas y revoluciones agrarias? ¿En

qué grupo social surge el líder o caudillo? ¿Cuáles son las condiciones para el éxito o el fracaso de las alianzas con otras capas o clases sociales?

El autor analiza las revueltas y revoluciones campesinas bajo una perspectiva histórica y sistemática: en el primer capítulo estudia a los campesinos como grupo social y desarrolla el problema de su tradicionalismo, para finalmente intentar una sistematización de la historia de las revueltas campesinas. Posteriormente discute la cuestión agraria tanto en el imperio ruso, especialmente en Ucrania, como en México, particularmente en Morelos a partir de la Independencia. En los siguientes apartados se dedica a la pregunta de cómo surge y se desarrolla el movimiento agrario de la machnovscina: se describe la composición social del movimiento y se caracteriza a su líder, para finalmente analizar el programa del movimiento, especialmente los escritos de Petr Arsinov y de Nestor Machno. De esta manera caracteriza los valores que sostienen al movimiento y a su ideología. Termina esta parte dedicada al movimiento ucraniano con la discusión en torno a si se puede caracterizar la machnovscina como un movimiento campesino anarquista.

En tres capítulos analiza el movimiento zapatista. Dahlmann recurre a las obras tradicionales sobre el agrarismo y el zapatismo: Mac Bride, Chevalier, Sotelo Inclán, Womack, pero también considera estudios más recientes: los de Laura Espejel y Salvador Rueda, y los más generales sobre la Revolución: los de Adolfo Gilly, Brading, *et al.*, Alan Knight, entre otros. Parcialmente recurre a documentos de archivo (AGN) para describir las condiciones iniciales del movimiento zapatista, su as-

censo y caída. Más adelante describe la composición social y la organización del movimiento y define a Zapata como líder. De la misma manera que para el movimiento ucraniano, estudia lo que llama la ideología del zapatismo, o sea, el programa político del movimiento y los valores que lo sostenían.

Estos dos grandes apartados —el que analiza tanto el movimiento acaudillado por Nestor Machno, como el acaudillado por Emiliano Zapata— terminan con un breve y crítico epílogo, relatándose en el primero “El Exilio” del líder ucraniano y en el segundo la “Muerte del Revolucionario: Emiliano Zapata como mito y leyenda”. Las dos partes finales del libro, a mi modo de ver, son las más importantes. En el capítulo onceavo se comparan ambos movimientos. Y en la síntesis final se retoman los planteamientos iniciales y se discuten a la luz de los resultados obtenidos.

Al comparar los dos movimientos aparecen con claridad similitudes entre las dos rebeliones; por ejemplo, las dos regiones sufrieron transformaciones violentas debidas a la introducción de un capitalismo agrario; según Dahlmann, tanto en Ucrania tras la supresión de la obscina, como en Morelos durante el porfiriato, surgió una ardua lucha por tierra y agua entre comunidades campesinas y terratenientes. Además, ambos movimientos surgieron en medio de crisis nacionales de gran magnitud. Existía igualmente, según el autor alemán, un potencial revolucionario en el campesinado que ya había operado aisladamente, manifestando su resistencia con levantamientos locales en años o décadas recientes, o hasta centurias.

Los dos movimientos se unieron inicialmente a las fuerzas burgue-

sas nacionales contra el enemigo común, pero no dejaron de insistir en el logro de las metas agrarias que exigían sus bases sociales. Ante los problemas concretos de los campesinos y ante los objetivos anclados localmente buscaron reducir al máximo posible las influencias del estado sobre sus regiones, municipios y aldeas. Los movimientos, sin embargo, no tuvieron éxito con sus alianzas. La alianza de la machnovscina con los bolcheviki fue infructuosa: lo mismo sucedió con la alianza de los zapatistas con el maderismo y el villismo. Otras alianzas, con obreros, por ejemplo, no les fueron posibles, ya que los movimientos campesinos no estaban dispuestos a reformar los puntos centrales de sus programas, centrados en sus problemáticas regionales estructurales; además sus líderes siempre se opusieron a negociar y, con esto, a modificar los objetivos centrales de sus movimientos. El marco regional fue su fuerza, les daba un respaldo social y local impresionante; a la vez, fue su debilidad, no lo podían difundir, ni realizar alianzas más amplias para alcanzar envergadura nacional.

La organización militar y la trascendental función que dentro del movimiento tuvieron sus líderes —Nestor Machno en Ucrania, y Emiliano Zapata en Morelos— son otras similitudes que el autor nos hace notar.

Pero también se observarán divergencias importantes: la organización política de las bases sociales de los movimientos fueron totalmente distintas, ya que ideológica y políticamente la machnovscina se orientaba de manera decidida en teorías anarquistas, mientras que el zapatismo en ninguna fase de su desarrollo se decidió directamente por una teoría política explícita que orientara su movi-

miento. Su programa era, según el autor, un conglomerado de exigencias tradicionales, de conceptos radicales-democráticos y de un agrarismo radical, pero no obedecía a conceptos claramente anarquistas o de alguna doctrina política explícita de sus dirigentes. Esto contrasta claramente con la machnovscina, cuyos dirigentes querían poner en práctica sus concepciones anarquistas. Dahlmann opina que aunque los campesinos ucranianos mismos no eran en su mayoría anarquistas, la machnovscina sin duda fue un movimiento *dirigido* por anarquistas.

Otra diferencia la observa el autor en el hecho de que el movimiento campesino ucraniano nunca pretendió tener una zona de influencia y de apoyo exterior a Rusia, mientras Zapata sí intentó difundir las causas de su movimiento en el exterior, preocupándose por establecer contactos con las potencias industriales, Estados Unidos o Cuba. En estas últimas actividades, así como en la formulación de los planes y programas políticos, se puede observar, según Dahlmann, la influencia que en ambos movimientos tuvieron los asesores e ideólogos. En el movimiento ucraniano, sin embargo, esta influencia fue más marcada que en el movimiento morelense, ya que ellos elaboraron un programa político ideológicamente fijo y explícitamente anarquista; mientras en el movimiento zapatista los ideólogos no tuvieron influencia en los aspectos medulares del programa, que acabó siendo la reclamación agraria que exigían las bases del zapatismo. La influencia de los ideólogos se vio limitada a aspectos más bien marginales, según el autor del libro, como lo muestran, por ejemplo, los contactos extranjeros del zapatismo.

El trabajo de Dahlmann destaca por su metodología. Se trata de un estudio comparativo sumamente claro. Explicita desde un principio el marco teórico y las preguntas centrales que le interesan, y así puede plantear muy nítidamente las hipótesis de trabajo vinculadas a esta discusión teórica. Sin duda, tiene algunos puntos débiles, como lo es el tratamiento algo desigual de los dos movimientos; se ocupa mayormente del caso ucraniano. Al dejar de lado el periodo colonial novohispano se le escapan fenómenos socio-políticos importantes (como la relativa autonomía política de los "pueblos de indios") que podrían haberle dado elementos explicativos interesantes y de alguna manera paralelos a la obscura. Otras debilidades se pueden deber al hecho de que el autor se basó en una selección, forzosamente arbitraria y limitada, de literatura secundaria y no pudo realizar estudios más completos en fuentes primarias; pero a mi modo de ver, el análisis y la descripción de los movimientos es serio y convincente. Me gustó, para mencionar un detalle, la crítica que hace a la historiografía sobre el zapatismo y la Revolución Mexicana en general, ya que con razón observa excesivas proyecciones románticas y político-ideológicas actuales de varios de los autores.

Al retomar, al final del libro, la comparación de los dos movimientos, Dahlmann nos ofrece un verdadero aporte al conocimiento de las dos rebeliones campesinas que resultan cada una, en el contraste, más claras. Se trata de una lectura enriquecedora para todos aquellos que se interesan en el impacto que tuvieron las transformaciones capitalistas sobre el mundo rural en general y para quienes, en especial, se interesan en la organización política y la ideología de dos

movimientos campesinos importantes, en dos naciones que pueden ser consideradas, a principios del siglo XX, modelos de sociedades relativamente tradicionales y predominantemente agrarias, en vías de industrialización capitalista, de "modernización" y de incorporación cada vez más decidida al mercado mundial capitalista.

Ojalá pronto una editorial mexicana se interesara por este estudio alemán, que debería ser traducido

pronto para los lectores hispanohablantes. Opino esto, no tanto porque el libro aporte nuevos conocimientos al movimiento zapatista y a nuestra historia, sino sobre todo, porque es un buen ejemplo de historia comparativa, género poco practicado por historiadores en México. Resulta ser un buen modelo metodológico por su claridad y su explicitación teórica, condiciones necesarias siempre para realizar buenos estudios comparativos. Todos deberíamos saber más de

las transformaciones que ocurren en otras sociedades, paralelamente a las que ocurren en México, para así entendernos mejor a nosotros mismos. Sin perder de vista nuestras innegables condiciones históricas específicas, superaremos nuestro etnocentrismo solamente en la medida en que aprendamos a tener visiones más amplias, tanto en términos teóricos, como espaciales. Por eso, resulta recomendable la lectura del libro de Dittmar Dahlmann.

Mujeres, historias y mitos

Gabriela Cano

María Soledad Arbeláez *et. al.*, *Bibliografía comentada sobre la mujer mexicana*, México, Dirección de Estudios Históricos-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1989 (Cuadernos de trabajo, 55), 454 pp.

Julia Tuñón Pablos, *Mujeres en México: una historia olvidada*, México, Editorial Planeta, 1987 (Mujeres en su tiempo), 190 pp.

El surgimiento, la consolidación y rápido crecimiento de los estudios de la mujer como un área especializada de las diversas ciencias sociales se debe, en gran medida, al movimiento feminista de las últimas dos décadas. Fueron las feministas quienes, en los años setenta, señalaron el vacío conceptual y empírico que impedía explicar en forma satisfactoria muchos aspectos de la situación social femenina. Hoy en día, el feminismo sigue siendo el estímulo principal de los más sobresalientes estudios de la mujer. De ahí proviene

una buena parte de los problemas que orientan la investigación sobre mujeres. En cuanto al público lector de estos trabajos, me atrevo a afirmar, se localiza menos en los cubículos de los colegas de las instituciones académicas que entre personas con inquietudes feministas. Este amplio interés por la investigación sobre mujeres explica que el libro de Julia Tuñón, *Mujeres en México: una historia olvidada*, casi se haya agotado en un año.

La necesidad de subsanar la precariedad de la teoría y de los métodos empleados en los estudios sobre mujeres, es el punto de partida y fundamento metodológico de este libro que se propone rescatar "una historia olvidada", la de las mujeres de carne y hueso, ausentes de la mayor parte de la historiografía. En historia, al igual que en otras disciplinas sociales, el primer reto enfrentado por la investigación sobre mujeres ha sido de carácter epistemológico: antes de nada se hace necesario dejar sentado que

las mujeres constituyen un campo que es necesario y posible estudiar.

Mujeres en México: una historia olvidada parte de la consideración de que las mujeres, como grupo social, son un sujeto con una historia propia. Para muchos, quizá ésta parezca una afirmación evidente, sin embargo esto no era claro hasta hace muy poco tiempo. Aún hoy, hay quien no lo admite con facilidad. Para rescatar a las mujeres del pasado, Julia Tuñón emplea un enfoque de historia social. Ello le permite ocuparse de mujeres de diversos sectores sociales, y de esta manera, supera lo que ha sido la tendencia predominante de los estudios históricos sobre mujeres, donde: "se exalta sólo a aquellas que enmarcan a un personaje masculino (como madres, esposas o amantes) o bien se han convertido en figuras de imitación de héroes, reyes o soldados, figuras comparsas en una historiografía que ha atendido como su objeto de estudio el mundo de la política, de la